

DEBATES

Dos formas de violencia adolescente

Alejandra Glaze

Me interesa describir ante ustedes dos tipos de violencia en la adolescencia producto del mismo fenómeno de la época: la declinación social del semblante, coincidente con la de los Ideales.

Por un lado, la violencia de los *supuestos* rechazados, aquella que surge de los que se niegan a asumir algún semblante. El ejemplo extremo son los *School Killers*, aquellos que en otro texto he llamado, siguiendo a Lacan, "los desengaños que se engañan", los excluidos del terreno de la sociedad de los débiles, para situarse en el desengaño en relación al significante; aquellos que van en búsqueda de la verdad, obviando que ésta tiene estructura de ficción, y solo se encuentran con el goce que define al ser del sujeto. Autodefinidos como parias o rechazados, viven en un mundo paralelo y exigen una supuesta verdad, en una posición de objeción al *para todos* capitalista. Dylan Klebold (uno de los jóvenes de la masacre de Columbine) escribió: "Lo juro, soy como un paria, y cada uno de ustedes está conspirando contra mí". Otro decía: "Nada me hace reír tanto como las ovejas en el rebaño".

Los define la negativa a soportar semejantes y constituir una especie. Ya que si el Otro no existe, el Otro como punto de basta no existe, ocupando su lugar el discurso como principio de lazo social, y es así que se reemplazan las relaciones verticales por las relaciones horizontales. Esto es evidente que aquí falla. Y es así que son los otros, en serie, y ya no uno determinado, los que deben morir, como modo de marcar la diferencia absoluta. Si el Otro no existe, se va a tratar entonces de una palabra que engaña siempre, y solo es semblante.

Un rechazo en lo real: un no ha lugar a la castración, que conduce al pasaje al acto como caída de la escena del mundo, forma extrema de evitar la dimensión parasitaria del significante que cae sobre el sujeto.

Pero hay otro tipo de violencia, aquella descrita en esta historia.

S. Fleischman regresaba a su casa dormido en el autobús escolar. En ese momento, **dos adolescentes lo prenden fuego como símbolo de burla, desprecio y asco**. El motivo de semejante rechazo fue su manera de vestir: pollera de mujer y camisa de hombre. Sacha no buscaba provocar, sino mostrar que no se identifica ni con el sexo femenino ni con el masculino, y lo expresa a través de su vestimenta.

Cámaras de seguridad captaron el momento de la violencia, y su historia dio la vuelta al mundo como un suceso más del llamado *bullying* escolar. Pero **las quemaduras no impidieron que** regresara a clases, luchando por sus derechos como *el adolescente sin género* que se declara.

Otros jóvenes, al igual que Sacha, **aseguran no pertenecer a ninguna condición sexual**. Uno de ellos define su posición del siguiente modo: "**No binarios en un mundo binario**". Lo que destacan es "**poder tomar decisiones en su día a día sin sentirse desubicados**". Que el mundo *no se divida en "para chicos" o "para chicas"*, sino que haya un abanico más amplio de posibilidades.

O como escribe uno de ellos: "*las muñecas son para las niñas, los camiones son para los niños, los puzles son neutrales... Mi género es un puzle.*"

Aquí aparece lo que podríamos llamar la feminización del mundo, ligada a esa posición que escapa a la medida fálica, donde estos jóvenes evitan referirse al binario hombre-mujer, lo que queda enmarcado en el desorden creciente de la sexuación en el siglo XXI.

¿Pero por qué decimos feminización del mundo? Porque son las mujeres quienes parecen no ubicarse frente a lo común –en el sentido del para todos–, de la misma manera que los hombres, o como dice E. Laurent: «quieren

mantener su particularidad sin la identificación al Todo-fálico». No las convoca el afán clasificatorio, ni la serie, ni los Universales, o los grandes Ideales.

A ambos casos les cabe lo que Laurent planteó en el último Congreso de París, acerca de la fascinación en el mundo de hoy por vivirse como “una máquina liberada de los semblantes”. En la misma línea podría escucharse lo que J.-A. Miller plantea últimamente en torno a que LA PALABRA DEL PADRE ENFERMA, a que el Padre es traumático. Se producen nuevas identidades en la búsqueda de desembarazarse de la palabra del padre, de los ideales que vienen de una sociedad a la que claramente rechazan, o en la que no encuentran la manera de nominar aquello que pasa en su cuerpo.

UN GOCE SUSTRADO DE LA MAQUINARIA EDIPICA, REDUCIDO A SER UN MERO ACONTECIMIENTO DE CUERPO. Un goce indefinible e intraducible por estructura.

Pero la violencia implicada en esta historia parece explicarse –como dice José E. Ubieto[1]– en la defensa de “un puritanismo exacerbado ante los signos de la falta en el Otro”. Textualmente: “Los acosadores y sus espectadores se refugian en la demanda de una mayor homogeneización de los estilos de vida, en la preferencia por los signos normativos”.

Casos en los que, cuanto más desfallecen los semblantes, hay sujetos que se ven empujados a hacerlos existir, promoviendo cierta uniformidad del goce que apunta a la identidad de aquel que por su particularidad se opone al conjunto. Extremando las cosas, sabemos que el “para todos igual” que las leyes regulan, no deja de presentar un aspecto violento, violencia inherente a toda ley, en tanto borra las diferencias.

Dos casos que localizan algo de la época, y que ubican de qué manera la violencia llega en el punto en que algo no puede ser nombrado desde el Otro: lo real en disyunción con el Discurso del Otro. Y con la presencia de lo real EN DISYUNCION, NO HAY LAZO SOCIAL, que es lo que prescribe las relaciones entre el Otro y el sujeto.

En todo caso se trata de ver si de manera contingente se puede construir un nuevo lazo, tarea a la que los diversos discursos que trabajan con los jóvenes deben abocarse, sosteniendo un lazo que aloje aquello que se presenta como heterogéneo a ese mismo lazo; es decir, *hacer comunidad* de alguna manera, lejos de un fundamento en común identificatorio, en una época donde el sujeto se ve obligado a devenir inventor de su propia manera de ser y estar en el mundo.

NOTAS

1. Goldenberg, M. (comp.) *Violencia en las escuelas*, Grama ediciones, Bs. As., 2009, p. 35.